



Homilía

«L Aniversario Hermandad de la Oración en el Huerto»

Iglesia Mayor Prioral, El Puerto de Sta María, 14 de agosto de 2010

Ilmos. Sres. Vicarios y hermanos sacerdotes; Dignísimas Autoridades presentes; Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Real y Pontificia Hermandad de la Oración en el Huerto y María Santísima de Gracia y Esperanza; hermanos/as todos en el Señor:

Vuestra presencia tan numerosa, en esta mañana de Agosto, manifiesta el amor y la devoción que ha despertado en toda la Ciudad la celebración de este Pontifical de acción de gracias en el cincuenta aniversario de la fundación de nuestra **Hermandad de la Oración en el Huerto y María Santísima de Gracia y Esperanza**. Una Hermandad joven, como bien demuestran algunos de sus fundadores aquí presentes, pero al mismo tiempo una Hermandad viva como lo testifica esta Pontifical que hoy celebramos.

Teniendo presente que toda Hermandad es imagen de la Iglesia, podemos decir que hoy aparece ante nosotros el pueblo de Dios formado por hombres y mujeres bautizados que han conocido y son testigos del amor de Dios hacia ellos y que lo expresan venerando y rindiendo culto a la imagen de Jesús en su Misterio de la Oración en el Huerto de los Olivos, donde se manifiesta la dimensión humana y trascendente al mismo tiempo del dolor de Cristo. Profundicemos, por tanto, en lo que constituye el “**núcleo**” de vuestra devoción.

Misterio de Oración en soledad

En efecto, la lucha en oración de Jesús en Getsemaní es el misterio que a lo largo de estos cincuenta años ha sido venerado y a través de él tantos hermanos nuestros han profundizado en el amor que Dios nos tuvo en la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; misterio que ha sido para ellos lugar de encuentro con Jesús en su Pasión.

Cristo ora, sufre y lucha a solas, sin la compañía de sus discípulos, a solas con su Padre. Por eso, Jesús se retira un poco más. Alejado incluso de los Apóstoles de más confianza, se postra en el suelo y ora. Ahora es cuando llega el momento de decir el “**sí**” definitivo a su voluntad. Y Jesús acepta.

La oración de Jesús en el huerto ha impresionado siempre profundamente a la Iglesia. Su terrible agonía la describe ya la carta a los Hebreos (5,7s), y hasta Juan, que ve la pasión bajo el signo de la glorificación, considera indirectamente la agonía de Jesús en el huerto con un eco particular:

«Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! (Jn 12,27).»

El Hijo del Hombre entra en absoluta soledad en la que ora al Padre. Su actitud recuerda la oración en el desierto (1,13), y más aún, recuerda su oración en un lugar solitario al inicio de su ministerio público (1,35). Entonces oró de madrugada pidiendo claridad para el camino, ahora en plena noche para hacer frente al fin.

Pues bien, la contemplación de esa oración de Jesús es la que sedujo no sólo a la Iglesia Primitiva, sino también a algunos fieles de esta Iglesia del Puerto de Santa María que los llevó a fundar esta Hermandad. Ese misterio sigue convocándonos a todos nosotros alrededor del altar y mostrándonos a través de él un camino de salvación.

Dejémonos, por tanto, iluminar por ese misterio de amor de Nuestro Señor en el Huerto y acojamos sus enseñanzas. Permitidme contemplar y señalar dos elementos que brotan de Getsemaní.

1º.- Hay momentos en la vida en el que nos encontramos solos y nos llega el cansancio ante la lucha por el bien. Estamos a punto de rendirnos y exclamar: **“¡No puedo más, lo abandono todo!”** Hay momentos de dolor en que parece que no podemos salir airosos, o bien entramos en el desánimo ante la vejez, el matrimonio, la enfermedad, las desgracias naturales, las guerras, etc.

Pues bien, Jesús en su oración en el Huerto nos da una clave para aquellas horas que no pasan. Por encima del mal y del pecado, está el amor de Dios en Cristo Jesús. No dejemos de caminar. El dolor y las dificultades de la vida son también camino de salvación.

Por tanto, no es hora de desistir ante el desánimo sino de gritar a Dios. Es la hora de encontrarnos con nosotros mismos y descubrir que no estamos solos, el Señor nos ha precedido y también envía un ángel que nos consuele. Quizá en esos momentos nos conviene repetir la oración de Jesús y como Él tener claro que detrás de toda nuestra vida está Dios. Tomar conciencia de que nada sucede por casualidad, sino que todo sirve al plan de salvación de Dios como Padre, que quiere que todos los hombres se salven.

En definitiva, hermanos, en los momentos de dificultad y pequeñez aprendamos a abandonarnos en las manos de nuestro Señor y descubramos la lección que Jesús le da a sus discípulos vencidos por el sueño: sin oración no somos nada. La oración es la fuerza para vencer cualquier dificultad; sobre todo, a la tentación del mismo diablo con todo su extraño poder y siempre rondando.

2º.- En segundo lugar, el hecho de celebrar los cincuenta años de la fundación de la Hermandad nos evidencia aún más que nuestra vida es un caminar continuo. Estamos inmersos en el tiempo y vamos ascendiendo hacia la **“Jerusalén del cielo”**. Dentro de la existencia humana los padecimientos son inevitables; pero en el seguimiento de Jesús los sufrimientos son también superables, pues nos invitan a una profundidad y plenitud de vida a la que el hombre íntimamente aspira y que unidos a Cristo podemos conseguir. Abramos los ojos y veamos que con Cristo y en Él, el avanzar por la vida acompañando y acompañados por Jesús se convierte en un camino de plenitud, de íntima y alegre realización.

Misterio de Gracia y Esperanza

En Getsemaní Jesús nos abre la puerta de la esperanza y nos grita que si es verdad que tampoco somos capaces de permanecer despiertos, como sus discípulos, también es cierto que, con la fuerza del Espíritu Santo –al igual que ellos- podremos desafiar al mundo anunciando el Evangelio y caminar por las sendas del amor y la verdad.

Es esa esperanza la que nos muestra María, nuestra **Madre de Gracia y Esperanza**. Ella, que tan fielmente reprodujo los sentimientos de su Hijo, pues en su corazón latía ya el corazón de Jesús: **“Padre, hágase tu voluntad”**, dijo Jesús en el Huerto de los Olivos. **“Hágase en mí según tu Palabra”**, había dicho María al ángel.

Pues bien, Ella es la que nos muestra el camino para alcanzar esa plenitud y para no dejarnos vencer nunca por el desánimo: la Gracia y la Esperanza. **“Por la gracia de Dios soy lo que soy”**, acostumbraba a decir San Pablo como una confesión (cf 1 Co 15, 10). Con la Gracia de Dios todo lo podemos. Ante la cruz, ante la Pasión, el único camino es la oración para pedir el Espíritu Santo y poder gritar con el Apóstol: **“todo lo puedo en Aquel que me conforta”** (cf. 2 Tim 1,12).

Y con la esperanza que Ella nos muestra podemos iluminar todas las noches oscuras del dolor, pues por muchos males que contemplemos no podemos olvidar con Ella y con todos los Santos que la salvación y victoria final es de Aquel que **“está sentado en el trono, y del Cordero”** (cf. Ap 7, 10).

Por tanto hermanos encomendémonos a nuestra Madre de Gracia y Esperanza para que Ella nos ayude a permanecer vigilantes y a seguir las huellas de su Hijo para que todo el Getsemaní de nuestra vida se ilumine con la victoria final de Nuestro Dios y con las luces de la Jerusalén celeste (cf. Ap 21). Que así sea

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez